

Reflexiones sobre el presente y el futuro de la sociología

José Félix Tezanos Tortajada

1. CLAVES PARA UN DEBATE

Las perspectivas que se abren sobre el presente y el futuro de la Sociología tienen que ver, básicamente, con estos aspectos*:

- c La función y el papel que la Sociología pueda cumplir en este momento.
- c La capacidad de los sociólogos para mantener y animar debates solventes sobre temas actuales realmente importantes y no sobre textos que se escribieron hace un siglo o incluso hace más tiempo.
- c La actualización del paradigma de explicación sociológica, que ya no puede ser el fundacional ni el de mediados del siglo pasado.
- c Las posibilidades de demostrar que la Sociología tiene capacidad para prever escenarios de futuro y tendencias sociales relevantes. El modelo de explicación en las ciencias sociales en el siglo XXI no puede quedarse ni en el empirismo desnudo, ni debe confundirse con un simple historicismo social que se limita a intentar explicar los fenómenos sociales a posteriori.

Una reflexión sobre el futuro de la Sociología, por lo tanto, debe ir de lo general a lo particular, comprobando cómo se están resolviendo estos cuatro dilemas en países como España y cuáles son los ámbitos más relevantes de trabajo sociológico de cara al futuro.

1.1 Función y papel de la Sociología actual

* En este texto están transcritas las reflexiones realizadas en una conversación mantenida con María Angeles Durán el día 8 de Junio de 2001 sobre el presente y futuro de la sociología. No se trata, pues, de un texto académico, ni de una elaboración sistemática. El orden de los epígrafes responde a las cuestiones planteadas

La Sociología está viviendo una coyuntura compleja. Llevamos años arrastrando una sensación de crisis, en la que no es fácil identificar elementos comunes de elaboración teórica, ni tampoco prácticas profesionales compartidas. Después de las primeras etapas de la industrialización, cuando el modelo del «homo economicus» se reveló insuficiente para dar cuenta de la realidad global de la sociedad, y la Sociología surgió con fuerza, apenas se ha avanzado en el plano teórico. Después del esfuerzo inicial de los «grandes padres» la Sociología está viviendo en gran parte de las rentas del impulso fundacional. Incluso algunos de los que son considerados como figuras eminentes de la Sociología actual continúan anclados en debates sobre libros del pasado, empeñados en un esfuerzo baldío por encontrar las claves del presente en obras escritas hace mucho tiempo por analistas que no pretendían, desde luego, explicar todas las posibilidades de un futuro tan lejano. De ahí el hastío que producen los debates entre, y sobre, neo-marxistas, neo-weberianos, post-modernos y todos los que continúan anclados en el «círculo tedioso» de las relecturas de tres o cuatro grandes textos del pasado.

A finales del siglo XX, sin embargo, empezó a producirse una toma de conciencia bastante amplia sobre la necesidad de una ruptura analítica y un nuevo impulso de la Sociología. Estas necesidades vienen alentadas por un cambio de modelo social de enorme envergadura. Hay que ser conscientes, en este sentido, de que la revolución tecnológica va a tener un alcance tan amplio, posiblemente, como la revolución industrial. Pero, a diferencia de lo que ocurrió con la revolución industrial, de momento no está surgiendo un pensamiento sociológico tan relevante como entonces.

En los inicios del siglo XXI, lo que está dominando como nuevo «pensamiento único» es el análisis económico. En este contexto, posiblemente la principal explicación a la prolongada crisis de la Sociología es su propia falta de renovación, de fuelle. Durante años se ha intentado continuar «tirando» de los clásicos, con lecturas y más lecturas de Comte o de Durkheim, en aspectos y contenidos que no tienen mucho que ver con las sociedades actuales. Sin embargo, en contraste con este excesivo anclaje histórico, se han ido acelerando los procesos de cambio tecnológico, económico, cultural, político, etc.. La revolución tecnológica, va a dar lugar a tantas mutaciones sociales como las otras dos grandes transformaciones anteriores (la revolución neolítica y la industrial) conduciendo al surgimiento de un nuevo paradigma de sociedad, de la misma manera que los otros dos grandes ciclos de cambio propiciaron el desarrollo de las sociedades agrarias y las industriales, respectivamente. Sin embargo, en nuestros días aún hay mucha pereza para analizar estos cambios en todo su alcance. Todavía se continua dando vueltas a Weber, se sigue en la inercia de épocas pasadas, de los inicios del ciclo de la industrialización. Por ello, la Sociología en gran parte ha tendido a convertirse en una sociología de la sociología, en un intento poco fructífero de reproducción y reanálisis de sus propios enfoques y modelos. De ahí la sensación de distanciamiento neutro que a veces produce la labor del sociólogo. Para algunos, el sociólogo sólo debe enseñar o analizar lo más inmediato —a veces cuestiones triviales o desfasadas— y no tiene que aventurarse intentando anticipar escenarios plausibles de futuro.

1.2 Los debates sociológicos y el poder

En las sociedades actuales existe una estructura de poder y de predominio ideológico que, en cierto modo, propicia esta situación y que da lugar a que la Sociología apenas sea relevante. En cierto sentido, el sociólogo es como ese familiar molesto que el día de Navidad habla del hambre, de los pobres, o de otros problemas sociales. Lo que ahora predomina es la ideología del «todo va bien». La afirmación propagandista de que «la economía funciona bien y genera mucha riqueza, etc.» Estos enfoques, y la propia tendencia a la absolutización del pensamiento economicista tienen mucho que ver con el neo-liberalismo, con la concentración creciente de poder y de riqueza en pocas manos que se está produciendo en un contexto en el que el sociólogo, y sus potencialidades críticas y desmitificadoras, resultan molestas, y pueden parecer tan incómodas como el aguijón de un abejorro. Por ejemplo, habría que comprobar en países como España qué volumen de proyectos sociológicos relevantes y de entidad se están apoyando y propiciando desde las esferas públicas y privadas. En España, tengo la impresión de que cada vez hay menos sociólogos de peso que presenten proyectos, por ejemplo, a la CICYT. Incluso las áreas de Sociología muchas veces están «tuteladas» por especialistas de otras disciplinas académicas. A lo que se da prevalencia es a las tecnologías aplicadas y a cuestiones que se relacionan con la economía. Perspectivas que, sin duda, son importantes, pero no las únicas, ni exclusivas.

Un indicador de hasta qué punto se está postergando, e incluso despreciando, el papel de los sociólogos lo tenemos en lo que está ocurriendo en los premios Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. En veintiún años de edición, sólo una vez se ha premiado a un sociólogo. En lugar de premios de ciencias sociales, a veces parece que son los premios de los enemigos de las ciencias sociales. Hace cuatro años se galardonó a un especialista en novelas de caballería. Hace dos años fue premiado un eminente cardenal italiano experto en arameo y textos bíblicos. Como se ve, todo ello muy relacionado con la Sociología. Y en el año 2001 ha sido premiado un especialista en Derecho Romano. Una persona muy afable y humana, por cierto. Las ciencias sociales parecen que son la literatura cabaleresca, el arameo, el Derecho Romano... Probablemente, teniendo en cuenta los precedentes, es muy posible que los estudiosos del hombre de Cromagnon estén muy contentos imaginándose que el próximo premio de ciencias sociales se lo pueden dar a ellos y al año siguiente, quizás, el turno les llegue a los estudiosos de los dinosaurios. En el fondo, hay una especie de desprecio por lo que realmente puede significar y aportar la Sociología como una de las grandes ciencias sociales; no se fomentan ni se apoyan adecuadamente los estudios sociológicos aplicados sobre temas relevantes, ni hay una conciencia clara de la función que puede cumplir la Sociología en la sociedad actual.

1.3 La necesaria adaptación del paradigma explicativo

La situación en la que se encuentra la Sociología tiene mucho que ver también con la carencia de paradigmas teóricos adecuados. La revolución industrial fue precedida por una eclosión del pensamiento político, económico y sociológico. No se pretendió entender la

sociedad industrial a partir de las estructuras conceptuales propias de las sociedades agrarias. No se hablaba, por ejemplo, de aparceros industriales, ni de granjeros de los servicios, ni de menestrales especializados. Las nuevas realidades fueron analizadas y conceptualizadas empleando nociones diferentes y enfoques analíticos distintos. Ahora, sin embargo, estamos ante el surgimiento de un nuevo modelo de sociedad, con nuevos patrones de relaciones y tipos de interacciones, pero hay demasiada pereza para explicar las estructuras sociales emergentes de manera diferente. Ni se acuñan nuevos conceptos, ni se han esbozado nuevos modelos de interpretación sociológica, sino que gran parte de la literatura continúa aferrada a las inercias y a los reflejos analíticos derivados de la Sociología del pasado. A todo esto me refiero con cierto detalle en mi trilogía sobre la «Desigualdad, el trabajo y la democracia», especialmente en los dos primeros libros ya publicados (Vid. *La Sociedad Dividida y El Trabajo Perdido*, Biblioteca Nueva, Madrid 2001).

En la Sociología actual apenas existe una perspectiva analítica fuerte orientada al futuro. Muchos sociólogos aún están como absortos mirando en el espejo y limitándose a trasladar hacia el presente las imágenes que vienen del pasado. Tal situación está muy relacionada con el modelo de explicación que se utiliza en las ciencias sociales, y que sigue siendo un modelo volcado hacia atrás, mirando en el espejo retrovisor. Si un sociólogo de hoy viese caer la famosa manzana de Newton, probablemente construiría un relato preciso y detallado de la historia de la caída de tan famosa manzana; explicaría cómo era la manzana, su tersura, su color, probablemente nos diría a qué hora cayó, cómo era el árbol, y hacia dónde fue rodando por un verde prado... En tanto que Newton desde el primer momento se centró en intentar explicar la ley física que determina su caída: la ley de la gravedad.

Frente al modelo de explicación científica, el sociólogo muchas veces opta por los relatos históricos, por las narraciones situadas en el pasado, que racionalizan a posteriori lo sucedido. A los sociólogos les da miedo predecir el futuro, se muestran demasiado cautelosos a la hora de explicar y analizar procesos y tendencias sociales. Incluso un analista social eminente como Manuel Castells, en su monumental obra sobre *La era de la información*, recalca una y otra vez que sólo quiere atenerse a los datos empíricos. Pero, cuando uno se atiene desnudamente a los datos, a lo empíricamente comprobado hasta el presente, de alguna manera se queda en una fase de un proceso de más largo alcance (como si se tratara de una eventual foto-fija de la manzana de Newton, que incluso podría parecer suspendida en el espacio en el curso de su caída). A su vez, la atención puramente empírica a los registros de datos disponibles sobre el pasado, en Sociología equivale habitualmente a resignarse a manejar informaciones publicadas hace uno o dos años, referidas a hechos consignados hace tres o cinco años. Pero lo cierto es que en las sociedades actuales los datos envejecen mucho, rápidamente. De ahí, por ejemplo, la necesidad de Castells de tener que reescribir en gran parte su libro sólo tres años después de la primera edición. ¿Por qué? Pues, por ejemplo, porque los tigres asiáticos a los que se refería en la primera edición como paradigma del buen hacer económico, han terminado en crisis. Japón y Estados Unidos continúan siendo presentados en la última edición de *La era de la información* como ejemplos de países que generan mucho empleo y de calidad.

Pero los últimos datos ya no permiten afirmar tales proposiciones tan claramente. Hasta Japón está en crisis. En poco tiempo también están cambiando algunas impresiones sobre los impactos prácticos de la expansión de Internet, que en un primer momento pareció que podría generar mucho empleo. En cambio, durante el primer semestre del año 2001 han tenido lugar a una serie de crisis y despidos masivos en empresas en la red que han acabado dando la impresión contraria.

Los sociólogos, por lo tanto, tenemos que ser capaces de cumplir más fielmente nuestro papel como científicos y señalar tendencias y predicciones a medio plazo intentando desvelar la lógica de los procesos sociales en curso. Y sobre todo, debemos cambiar de paradigma explicativo, dejar de mirar tanto hacia atrás, y desarrollar modelos de análisis que respondan a las particularidades de las ciencias sociales, pero con una óptica similar a la que se ha impuesto en las ciencias duras.

Si no lo hacemos así, la Sociología continuará estando a caballo entre los espacios que ocupan la historia social, la economía de lo cotidiano y el periodismo culto.

1.4 Nueva sociedad, nueva Sociología

Una cuestión decisiva para el futuro de la Sociología es la que se relaciona con la capacidad para suscitar debates solventes sobre temas de verdadera importancia. Lo cual supone dejar un poco de lado la preocupación porque los debates «salten» a los medios de comunicación. Hay grandes temas sociológicos que deben debatirse y no están siendo objeto de suficiente atención. Uno de estos temas es la desigualdad social, cuestión sobre la que apenas hay obras recientes de entidad y muchas de las que se publican continúan ancladas en debates semiescolásticos de «culto» o de «confrontación» con autores del pasado. Durante muchos años han tenido lugar debates sobre desigualdad que no eran otra cosa que enfrentamientos sobre textos, sobre citas, pero que apenas se ceñían a realidades inmediatas y concretas. Por ello, en Sociología se ha vivido la floración de «expertos» en teorías demasiado desencarnadas que se encuentran amurallados en medio del círculo de sus libros preferidos, pero que apenas se molestan en salir a la calle y mirar atentamente a su alrededor.

En los debates y conferencias sobre estratificación en los que he participado a lo largo de mi vida académica me he encontrado un buen número de personas que han estado bien dispuestas a discutir, incluso con ardor, sobre citas de autoridad, o sobre textos insignes escritos hace muchos años. Sin embargo, desde el momento en que inicié mi labor académica en los años setenta también he podido ser testigo directo de cómo han cambiado las percepciones sobre la realidad social. En los años setenta y ochenta los analistas más rigurosos y objetivos ponían el énfasis en la expansión de las clases medias, la profesionalización de las clases trabajadoras, en los deseos de participación en el trabajo etc.. Ahora, la impresión que tienen los que están analizando estas cuestiones a partir de los nuevos datos de la realidad es que estamos ante nuevos modelos de estratificación. Aumenta la exclusión social, se acentúan las desigualdades, hay mayor dualización, se tienden a difuminar las clases medias. A todo esto me he referido con cierto detalle en mi

reciente libro *La sociedad dividida*. Por ello, creo que desde la Sociología hay que tener capacidad para ver estos nuevos datos y suscitar debates rigurosos y de altura sobre las tendencias sociales más recientes.

No deja de ser llamativo, sin embargo, que ahora, quienes están estudiando en mayor grado la exclusión social, la pobreza, la desigualdad sean, sobre todo, personas vinculadas a ONG's, o trabajadores sociales, u organismos internacionales como la ONU (PNUD) y algunas Fundaciones privadas. Es decir, desde otras áreas distintas a la Sociología se está prestando más atención a temas como la desigualdad, que tradicionalmente fueron objeto de dedicación más prioritaria por parte de los sociólogos, como lo demuestra el hecho de que todos los clásicos prácticamente se ocuparon de ello.

A muchos sociólogos europeos nos ha ocurrido en los últimos años acudir en Estados Unidos a grandes librerías y preguntar a los dependientes dónde estaba la sección de Sociología, para ver las últimas novedades publicadas, y decirnos: «mire en trabajo social, a ver si encuentra algo». Se trata, de hechos y tendencias que no podemos desconocer. En los últimos años estamos perdiendo identidad. Por lo tanto, para recuperar la iniciativa y el sentido de nuestro papel es esencial potenciar los debates sobre las grandes cuestiones de actualidad y salir del círculo tedioso de las lecturas inacabables de los clásicos.

No deja de ser llamativo que en el tema de la estratificación, por seguir con este ejemplo, algunas de las grandes firmas que han protagonizado el debate hasta hace poco, como Goldhorpe y Wright, hayan continuado girando en torno al propio nudo neoweberiano o en enfoques neomarxistas y hayan continuado rebuscando «verdades» imposibles en textos escritos hace muchos años por gente que no pretendía atribuirse la capacidad de prever lo que iba a pasar a tan largo plazo. Seguir rebuscando en la historia pasada de la Sociología los signos de identidad y los grandes temas de estudio no tiene sentido. Hay que buscarlos en la realidad actual. Ni siquiera son suficientes las informaciones registradas en obras relativamente recientes, porque estas se suelen basar en materiales de hace tres o cuatro años más. La información hay que buscarla también en Internet, en las fuentes de investigación propias y directas, u observando atentamente lo que ocurre a nuestro alrededor. No hace falta ir hasta los descampados, hasta los asentamientos ilegales y las chabolas. Basta con caminar atento por la calle, mirando. Es increíble, por ejemplo, todo lo que puede «verse» en los apenas cien metros de distancia que recorro cada día, entre el aparcamiento donde suelo dejar mi coche y la oficina de una Fundación a la que acudo. A una hora punta, lo que se puede ver con ese trayecto te proporciona muchas pistas sobre lo que está ocurriendo en la sociedad actual. En las escaleras del aparcamiento puedes ver una gitana que está pidiendo, con un bebé en sus brazos, o a un anciano de expresión triste con una escudilla en la mano. A la salida hay una señora vendiendo flores, en la esquina te encuentras a un joven tocando el acordeón y con un platito a sus pies. En el semáforo hay gente que te vende pañuelos o la Farola. Un poco más allá puedes ver a un joven vestido de mino y haciendo la estatua. A las horas punta te encuentras los tenderetes en los que unos jóvenes o unos inmigrantes venden artesanía, libros, discos, pañuelos, objetos baratos. Y si profundizas un poco más, si preguntas a los empleados de la cafetería te dirán que tienen un contrato precario, con un horario larguísimo, que no les proporciona ingresos suficientes para vivir por su cuenta

con un mínimo de dignidad. Si llamas en los portales de las casas antiguas de la zona te encontrarás también con muchas personas mayores, que tienen una pensión que no les da para vivir, que les pueden desahuciar de la casa porque la quieren revalorizar, para alquilarla más cara para oficinas. Te encuentras con una problemática social sumamente densa; y no tienes más que mirar, o detenerte un poco a preguntar, o fijarte en las personas que están durmiendo sobre cartones en la entradilla del local que han cerrado. Pero esta realidad cotidiana de la exclusión social y de la precarización laboral queda muchas veces fuera de las «triumfalistas» estadísticas oficiales.

2. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PRESENTE Y FUTURO DE LA SOCIOLOGÍA ESPAÑOLA

2.1 *La «construcción» social de la realidad*

Resulta verdaderamente lamentable —y pintoresco— lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con la Encuesta de Población Activa, y a la vez es muy revelador de cómo se están construyendo instrumentos de medición que escamotean, o dejan escapar, una parte importante de lo que ocurre en la realidad. Lo cual, probablemente, se relaciona también con el predominio de cierto tipo de economistas y de políticos de corte oficial en la definición de los modelos de medición de la población activa, y al poco contacto que se tiene con los sociólogos. Me refiero al diseño muestral y a las preguntas de la Encuesta de Población Activa. Hemos pasado de una encuesta basada en una muestra de más de sesenta mil hogares, y que se basaba en entrevistas domiciliarias, a un muestreo telefónico; con lo que, de entrada, se deja fuera al 6% de hogares que no tienen teléfono, ni fijo ni móvil, que son los hogares más marginales. Y a la hora de elegir unidades muestrales, se ha prescindido también de los infrabarríos y las zonas más marginadas. Se considera como un apriori que todo ese mundo no es susceptible de ser considerado, ni estudiado, como población activa. Además, el modo de formular las preguntas es realmente pintoresco: «La semana pasada —se dice— de lunes a domingo ¿ha realizado un trabajo remunerado (en metálico o en especie) como asalariado o por su cuenta, aunque sólo haya sido por una hora, o de forma esporádica u ocasional?». Y con que sólo se diga que sí, ya tenemos registrado a un flamante empleado en las encuestas de población activa.

Si a todo aquél que trabajó al menos una hora, en la Encuesta de Población Activa se le considera un empleado normal y pleno, equiparable en términos estadísticos a lo que se consideraba como tal hace algunos años, lo que hay que preguntarse es: ¿qué significa eso realmente?. Se intenta difundir la sensación de que todo va bien, se manejan estadísticas «dudosas», se propalan grandes noticias sobre riqueza y escritos económicos triunfalistas, pero la verdad es que todo el mundo sabe que una persona que sólo ha trabajado una hora a la semana no tiene ni para comprarse un bocadillo y una caña. ¿De que vive?. Es el fenómeno que actualmente está siendo analizado, y que la OIT califica como «trabajadores pobres», siendo denominado más eufemísticamente por la OCDE como «trabajadores con bajos salarios». Son aquellos que tienen un empleo que, sin embargo, no garantiza un nivel

de vida digno. Por lo tanto, un problema adicional para el análisis sociológico actual es la opacidad estadística y la insuficiencia de unos instrumentos de análisis que no pueden captar adecuadamente algunos de los problemas sociales. Estamos viviendo en sociedades en las que parece que algunas realidades no quieren verse, en las que no se quiere reconocer que exista cierto tipo de cosas. Y cuando instituciones como Caritas hacen estudios, a veces, con no todos los requisitos que pueden parecer necesarios a los sociólogos, se dice: «esos lo que quieren es que aparezcan en las estadísticas muchos pobres, para poder cobrar subvenciones para atenderlos». Es decir, se descalifica, incluso moralmente, aquello que no se valora como políticamente correcto, como un indicador del éxito económico global que se da por supuesto a priori.

2.2 *La investigación aplicada*

¿Qué se está haciendo desde la Sociología para analizar y situar teóricamente todas estas nuevas situaciones y realidades? Personalmente yo creo que aún se está haciendo muy poco y que se necesita un mayor compromiso en el estudio de estas cuestiones, y otras conectadas y similares, como los residuos de las estructuras patriarcales, la desigualdad de la mujer, los problemas de los inmigrantes (los nuevos «*metecos*» de las sociedades del siglo XXI), etc. La problemática de la inmigración, por ejemplo, no está siendo objeto de la atención sociológica que se merece en relación a la importancia que tiene, entre otras razones, porque se trata de ese nuevo tipo de «realidades sociales semiocultas» que no son adecuadamente registradas por los instrumentos sociológicos habituales de observación porque, a veces, están escondidos; les esconden o se esconden voluntariamente en infraviviendas, en asentamientos ilegales, en trabajos sin permisos oficiales. En este, y en otros casos, existe una especie de estrategia de ocultamiento mediante pantallas. Yo suelo compararlo con el experimento que hizo Leonardo Da Vinci y que suele ser recogido en algunas de las exposiciones que se organizan sobre sus inventos y artilugios. En este caso se utilizan una serie de espejos puestos en círculo en una estancia pequeña y una puerta entreabierta por la que puedes asomarte un poco. Pero cuando miras detrás de la puerta, lo que puedes ver es un espacio que no tiene relación con lo que tu observación exterior te acaba de indicar. Lo que contemplas es una multiplicidad de imágenes reduplicadas, que no te permiten saber realmente cuál es tu posición ni la de otras personas. Este tipo de juego de las pantallas ha sido utilizado por algunos directores de cine en películas de intriga y de misterio, como en «La dama de Shangai» de Orson Welles.

Actualmente, por medio de la manipulación estadística y de la presión de los medios de comunicación, se están creando también determinadas pantallas «irreales» que a veces impiden que la sociedad vea correctamente su propia imagen y, como consecuencia, propician que muchos sociólogos no tengan mucho interés, o posibilidades, de ocuparse de las cuestiones más problemáticas. En contraste, no faltan los que están dispuestos a dedicarse al estudio de asuntos triviales, intrascendentes, como cuántas horas al día se utilizan las bicicletas; o bien se ocupan de repetir por enésima vez lo bien que analizó Max Weber el concepto de estamento, o a dilucidar si el que tenía razón era él y no Marx.

Sin duda, habrá quien piense que se trata de debates importantísimos para nuestra sociedad y para el futuro de la disciplina, pero la verdad es que yo no lo veo.

No deja de resultar curioso comprobar hasta que punto una determinada sociedad, y sus instituciones académicas, puede llegar a carecer del dinamismo suficiente como para analizar nuevas cuestiones sociales que son importantes para su futuro. ¿Quién se ocupa, entonces, de estos asuntos?. A veces, como decimos, instituciones como Cáritas o el PNUD, que está haciendo una gran labor, promoviendo los «informes sobre el desarrollo humano». Estos estudios están sirviendo para que mucha gente pueda quedar advertida de la gravedad que están alcanzando ciertas formas de pobreza y de exclusión social, o de la problemática de los desequilibrios conectados al crecimiento económicos o el aumento de las asimetrías sociales. Y también están los problemas ecológicos. No sabemos que está ocurriendo verdaderamente en estos momentos, cuáles son los impactos de ciertas pautas de comportamiento y de consumo, cuáles son las perspectivas futuras de este Planeta si no se introducen cambios y modulaciones en los modelos económicos vigentes, cuáles debieran ser las relaciones entre ética y ecología, entre medio ambiente y sociedad.

Hay muchos aspectos de la dinámica social que tienden a quedar fuera del prisma de observación del sociólogo –o que le son sustraídos-; lo cual se relacionaba con cierto anquilosamiento de la Universidad, con el desfase de las estructuras universitarias, con la inercia de la masificación que ha habido, con la insuficiencia de los recursos disponibles, con la falta de una conexión adecuada entre investigación y docencia. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por ejemplo, debía estar en la Universidad. Lo que se ha hecho separándolos aún más, con la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, creo que es un desacierto. Igual sucede con la investigación en los hospitales. Cuando existen recursos humanos cualificados en determinadas instituciones hay que potenciarlos. Pero algunas formas de plantear las cosas, de manera tan «mediática», de cara a la galería, están dando lugar a que la ciencia en España vaya para atrás; cada vez se dedica menor porcentaje del Producto Interior Bruto a la investigación y además se emplea peor; no se están potenciando bien los recursos personales, ni agilizando los procedimientos, ni incentivando adecuadamente a los investigadores. Hay muchas inercias y burocratismos absurdos que no contribuyen precisamente a promover la investigación, ni en Sociología, ni en otros muchos campos.

2.3 Universidad y Sociología

La Sociología, por su propio objeto de estudio, tiene que estar muy atenta a todo lo que ocurre en el día a día en la realidad. La Sociología, como ciencia, debe aspirar a ser rigurosa y a diferenciar sus modos de trabajar de la mera divulgación periodística. Pero también tienen que tener sensibilidad social en la elección de los temas de estudio. Y uno de los obstáculos para que esto sea posible es que la Universidad española, en algunos campos del saber, es una institución demasiado cerrada y en ocasiones incluso inoperante, en la que la falta de suficiente énfasis en los métodos aplicados ha dado lugar a que la formación de muchos estudiantes sea muy teoricista. Al estudiante se le dice sobre todo

que tiene que leer libros, o artículos, o cada vez más sólo resúmenes, o fotocopias...; pero no se le dice que tiene que investigar, que acudir a la calle para observar los problemas, a confrontar la sociedad con la mirada del sociólogo y a partir de eso, hacer las interpretaciones teóricas necesarias.

En la Universidad española faltan estímulos para hacer un buen trabajo. El sueldo de un profesor titular, después de bastantes años de dedicación para ganar las oposiciones, es ridículo. No existen incentivos para que los mejores estudiantes que pasan por la Universidad puedan aspirar a quedarse en ella. Para que un profesor pueda llegar a tener un sueldo decente tiene que acumular trienios, quinquenios de docencia y sexenios de investigación... Me parece tristísimo que muchos profesores que realmente amamos la Universidad no aconsejemos en estos momentos a nuestros hijos pasarse ocho o nueve años en los comienzos de la carrera profesional -con muy incierto resultado- haciendo la tesis doctoral, acudiendo a otras Universidades a completar formación, haciendo currículo... Y luego, meterse en un proceso competitivo plagado de dificultades para tener un sueldo de titular. Hay que tener mucha vocación para optar por la Universidad en estos momentos. Algunas personas, al final de esta carrera de obstáculos, llegan ya como agotadas, y en muchas ocasiones se hacen perezosas en el proceso. Mi impresión es que el debate de la «endogamia» es, en buena parte, otro falso debate, presentado a través de una pantalla de espejos distorsionada, y que lo más importante es intentar mejorar los resultados potenciando los equipos, los departamentos, e incentivando más la investigación. Pero tal como se organiza la investigación en este momento, con tantos trámites burocráticos absurdos, la verdad es que no se anima realmente a hacer proyectos. En algunas materias, como Sociología, habría que encontrar fórmulas para potenciar los trabajos de investigación en las cuestiones verdaderamente importantes.

2.4 *Sociología y Política*

Otro problema, en la fase actual de desarrollo de nuestra disciplina, es la instrumentalización del sociólogo por la política, no por la Política con mayúsculas, sino muchas veces por la política con minúsculas. Igual que los poderosos de la Edad Media tenían sus confesores como compañía cercana, los políticos de hoy, a veces, tienden a buscar el lustre social por medio del acompañamiento de los sociólogos. Es un «acompañamiento» un poco perverso, porque generalmente se intenta utilizar al sociólogo como en el espejo de la madrastra del cuento de Blancanieves para dar respuesta a la pregunta: «¿espejito, espejito, dime si hay alguien más guapo que yo?» Determinados sociólogos se dedican a decirles a algunos políticos lo guapos y lo queridos que son, y lo que tienen que hacer para «resultar» todavía más guapos, y les «informan» sobre lo que tienen que decir para que les aplaudan y les voten más que a otros. Y al final, nos encontramos con fenómenos de indefinición política y de ambigüedad calculada como la de Tony Blair, que en las elecciones del Reino Unido del 2001 ha podido, incluso, llegar a ser presentado como «el mejor candidato conservador posible», siendo apoyado explícitamente por «The Times» y «The Economist» y los grandes grupos económicos,

mientras los sindicatos refunfunan y no acaban de entender muy bien por qué hace ese papel de candidato difuminado y no va al grano de los problemas. ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo se llega a estas ambigüedades? Por muchas razones, pero una de ellas es posiblemente por la obsesión de pedir un tipo de asesoramiento a los sociólogos más propio de la historia del espejito de la madrastra «*A ver qué tengo yo que hacer para parecer más guapo y atractivo*».

Mi impresión, a pesar del tono de pesimismo que se puede desprender de algunas tendencias, es que nos encontramos ante la perspectiva de un gran cambio de orientación. El influjo tozudo de los hechos es muy fuerte, y se acabarán abriendo nuevas vías alternativas a lo que ahora sucede. Pero, aparte de la voluntad de ser optimista, aún es difícil encontrar indicios claros de la salida. Empiezan a darse algunas aproximaciones interesantes para un desarrollo de la Sociología. De momento, más que destacar nombres propios, se empiezan a destacar temas en los que se están produciendo aportaciones, cambios, nuevos enfoques. Reconozco, sin embargo, que esta visión obedece en gran parte a un deliberado optimismo de la voluntad.

Los sociólogos, en estos momentos, carecemos de una teoría sistemática y actualizada sobre la estructuración social. Y esta carencia contrasta con un gran número de nuevos hechos sociales que están ahí, y que en muchos aspectos nos indican que en nuestra sociedad, o bien se logran la integración social o vendrán tensiones inevitables. Lo necesario tenderá, pues, a hacer aflorar nuevas realidades. Por ejemplo, los inmigrantes se encuentran ahora en una situación similar a la que en Grecia tuvieron los «metecos». En algunos casos, incluso, no sólo no tienen reconocidos sus derechos, sino que viven en condiciones de semiesclavitud. Es evidente, pues, que en el mundo actual no puede continuarse globalizando solamente lo que interesa a unos pocos, pero no los derechos y las oportunidades vitales que conciernen a las grandes mayorías. Ahora, el capital se traslada fácilmente de un lugar a otro, pero se ponen trabas a la circulación de las personas. Las multinacionales operan libremente prácticamente en cualquier lugar, las grandes fortunas se pueden mudar de territorio en busca de los mejores lugares para sus inversiones, o de países que les imponen menos controles. Lo más probable es que a partir del 1 de enero de 2002, la Unión Europea pondrá duros requisitos a los inmigrantes para que no puedan entrar fácilmente en el territorio del euro, pero se continuarán utilizando vías paralelas e ilegales que continuarán nutriendo el ejército de reserva de la economía, y se posibilitará que continúe operativa la economía sumergida y las prácticas laborales socialmente regresivas.

2.5 *Globalización y Sociología*

La globalización también va a tener efectos sobre la organización territorial y sobre el funcionamiento de la Sociología, y en concreto de la sociología española. En estos momentos, no existe un marco teórico único de la sociología en España, como no la hay en ningún otro país. De cara al futuro nuestro ámbito lógico de análisis, por las muchas afinidades y problemáticas comunes, será Europa, y como espacio cultural más próximo,

América Latina. Con Portugal es evidente que debiéramos aumentar las relaciones y encuentros, incluso habría que pensar en internacionalizar la FES. Las pequeñas parroquias encajan mal con las realidades que pueden preverse a partir del próximo año 2002, en el que la circulación del euro va a acarrear todo un conjunto de consecuencias sociales y económicas muy importantes para los europeos.

En el contexto que se avecina deberíamos hacer un esfuerzo para que nuestros Congresos trianuales adquirieran una dimensión supranacional; tan supranacional, al menos, como las grandes cuestiones sociales que se plantean en el mundo actual. Por ejemplo, la inmigración debería estudiarse conjuntamente con sociólogos de otros países, especialmente latinoamericanos, que pudieran aportar la otra cara de la cuestión, estableciéndose proyectos conjuntos y foros de debates comunes. Para ello, naturalmente sería fundamental un compromiso de la Administración y de las instituciones académicas en esta dirección. Las grandes instituciones de investigación, por ejemplo, debieran promover paneles de debate y seminarios específicos, de forma que nuestros Congresos fueran en mayor grado, como sucede en otras profesiones, el principal lugar en el que los investigadores anticipan y hacen públicos los resultados de sus estudios. Para optimizar estas posibilidades hace falta prever las sesiones con bastante tiempo, y garantizar el apoyo de las instituciones para una labor de este tipo. Ahora, sin embargo, lo cierto es que hay poco apoyo, tanto de las instituciones públicas como de las privadas, que a veces prefieren patrocinar actividades de más relumbrón de cara a los medios de comunicación, e invitan a tres o cuatro grandes figuras a una mesa redonda para que salgan en los periódicos, aunque luego no quede ni un rastro académico de lo realizado, ni un documento, ni un libro. Con harta frecuencia, algunas instituciones convocan a sociólogos a actos un tanto ceremoniales, para entretener al personal, y sin embargo falta atención y apoyo para las actividades y las publicaciones de los investigadores menos visibles, tal vez más oscuros, pero que están llevando a cabo estudios relevantes sobre temas de gran importancia. Todo esto, en gran medida, es una de las consecuencias del tipo de sociedad mediática que se está construyendo y en la que el espectáculo prima sobre el trabajo riguroso y sistemático.

En este sentido, se está dando poca cancha a la gente joven. A la Universidad vienen algunas personas a estudiar Sociología, que previamente no saben muy bien de qué se trata y que sólo buscan un barniz social o una formación general, pero otros estudiantes tienen verdadera vocación profesional y talento y luego se encuentran que no hay lugar para ellos, que no tienen oportunidades de integrarse en equipos de investigación, en proyectos, en departamentos, pese a que hay tantas cosas que hacer y que estudiar. La solución no es fácil, pero, en principio para potenciar las posibilidades de una Sociología aplicada y más volcada hacia la investigación habría que superar la actual separación jurídica y física que existe entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad, y potenciar el papel de los departamentos y de los equipos de investigación. En Sociología se notan especialmente estas carencias de modelos y de organización, posiblemente más que en otras áreas en las que los proyectos están más acotados y pueden fragmentarse más fácilmente y hacerse en varios años. En Sociología es necesario fomentar las posibilidades de trayectorias largas, de diez o doce años de colaboración.

Consecuentemente, de la estabilidad y el buen funcionamiento de los equipos depende que se puedan llevar a cabo proyectos de investigación duraderos.

Las críticas a la pretendida «endogamia» que, a veces, se realiza con gran simplismo, pueden entrar en contradicción práctica con las ideas de «trayectoria académica», y de trabajo en «equipo». En ocasiones se hace una crítica poco fundada, que desconoce la realidad de la investigación y las propias condiciones sociológicas del país en el que vivimos. Por tanto, había que tener cuidado con las propuestas poco meditadas, que no sean fruto de un análisis riguroso ni de una reflexión cuidadosa. Por ejemplo, ¿por qué el profesor que aspire a estar en un departamento tiene que pasarse obligatoriamente varios años en otra Universidad?. Esto es el resultado de un mimetismo simplista, que toma una situación de hecho que se constata en los países anglosajones como modelo en sí de valor universal. Pero, si esto ocurre en otros países que no es porque siempre sea bueno en sí, sino que muchas veces es efecto añadido a la enorme movilidad geográfica de sociedades como la norteamericana. Allí es muy grande la movilidad espacial pero no sólo en la Universidad sino también en las empresas. En cambio, en países como España los lazos sociales y familiares son más fuertes y no hay tanta movilidad. Por ello a nadie se le ocurre, por ejemplo, proponer tal modelo de movilidad universal entre los fontaneros, los electricistas o los repartidores de butano. Lo cual, no significa que en la Universidad el intercambio y el conocimiento de otras Universidades no sea positivo en sí mismo. Pero existen muchos procedimientos para lograrlo. Por lo tanto no debería ponerse el énfasis en la movilidad en sí, sino en la calidad, en la excelencia, en la capacidad para arbitrar las medidas necesarias para garantizar o exigir la mayor calidad posible. Pero sin que se obligue a priori a los doctorandos y a los ayudantes a la dispersión, a viajar «obligatoriamente», sin tener en cuenta si ese modelo arbitrista de «movilidad geográfica inducida» desbarata equipos, trunca trayectorias investigadoras y obliga a algunos de los compañeros de equipo a ausentarse durante varios años de sus Universidades de origen. La investigación del futuro será labor de equipos, y los equipos requieren continuidad y cierta capacidad de coordinación a impulso intelectual.

2.6 *La Sociología en la UNED*

Buena parte de los alumnos de la UNED son personas que están trabajando ya y que quieren un título universitario básicamente para consolidar una situación profesional o académica. Esto explica en gran medida el éxito que tuvo la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED, que llegó a alcanzar en pocos años diez mil alumnos. Pero, junto a la gente que quiere mejorar su formación permaneciendo en la actividad laboral realizada anteriormente en la UNED también hay muchos alumnos que tienen una vocación profesional específica. Los dos tipos de alumnos responden al modelo de enseñanza superior que existe en estos momentos en España. En principio, es muy positivo que se aspire a mejorar el nivel de las cualificaciones generales y que más personas tengan estudios. Pero a veces no está claro para qué, y en ocasiones la Sociología se ve reducida a cumplir un papel de barniz de acompañamiento. Igual que en otras épocas estaba bien considerado,

por ejemplo, saber francés o aprender a tocar el piano, hoy la Sociología tiende a ser vista como un buen acompañamiento formativo, como un barniz cultural para nuestra época.

2.7 *La autonomía de la Sociología*

En España existe mucha conexión entre política e investigación sociológica. Por ejemplo, los directores de las revistas sociológicas de mayor continuidad son al mismo tiempo directores generales de nombramiento político, o han sido nombrados o confirmados por ellos. Pero como son escasas las instituciones sociológicas que tengan a la vez autonomía propia y capacidad para investigar y para mantener publicaciones periódicas, en la comunidad de sociólogos esta conexión no se ve mal; «al menos hay un profesional de la Sociología —se dice mucho— que está ocupando ese puesto».

En comparación con otros países, en España hay muy pocas revistas académicas de Sociología o Ciencia Política realmente independientes de la Administración Pública. La mayoría dependen de instituciones oficiales. Si en un momento determinado se cancelasen esos fondos apenas quedarían revistas de Sociología, y mucha gente no tendría donde publicar. En otros países, en cambio, hay revistas académicas importantes promovidas por asociaciones de Sociología o por Universidades y que cuentan con el debido apoyo de las instituciones. Sin embargo aquí, a veces, se está dispuesto a financiar generosamente estudios sobre cuestiones triviales, pero lo que es propiamente ciencia básica, lo que es pensamiento de fondo, no tiene el mismo apoyo.

En esta situación influye la propia imagen de la Sociología. El abuso que se está haciendo de los sondeos electorales y de las encuestas de opinión, que todos los medios de comunicación quieren tener y anticiparse a divulgar ¡incluso adelantando el escrutinio real de los votos!, están dando lugar a que proliferen subproductos pseudo-sociológicos carentes del suficiente rigor y fenómenos de manipulación ideológica que se cargan a las espaldas de los sociólogos. A veces se hacen encuestas malísimas, sin ningún rigor científico, que se presentan como grandes sondeos que luego fracasan en los pronósticos. La mala Sociología suele ser un «sub-producto» realizado de cualquier manera, que se paga a cuatro pesetas y que hay que llevar a cabo con una rapidez inusitada. Un caso claro de abuso es el de las encuestas realizadas a «pie de urna» y que anticipan los resultados electorales como si fuesen los verdaderos escrutinios. La presión mediática para que esto se siga haciendo, pese a los muchos fracasos que produce, es muy grande, porque forma parte de su negocio, porque aumentan las audiencias; aunque yo no estoy muy seguro de que eso sea cierto.

La legislación electoral establecida en España, que, con buen criterio, prohibía publicar resultados o hacer sondeos durante los últimos días de la campaña y que exigía acompañar la publicación de encuestas de la ficha técnica y del texto literal de las preguntas (para evitar posibles engaños y manipulaciones), ha acabado entrando prácticamente en desuso y los dirigentes de los grandes medios de comunicación quieren que sea derogada. Pero lo cierto es que las manipulaciones interesadas de las encuestas sociológicas cada vez son mayores y tienden a formar parte, como señaló Minc, de los

grandes pilares del poder actual. Cuando se atribuye la victoria a uno u otro candidato también se generan expectativas y se establecen condicionantes para la opinión pública; al tiempo que se plantean nuevos debates, aunque sean falsos. Por ello lo importante para algunos no es que se acierte o que los datos sean verídicos, sino que se aumenten las ventas de periódicos, aunque al final todo sea distinto. Se ha llegado al extremo escandaloso de hacer públicos resultados de sondeos «realizados» supuestamente por empresas que no existen. Algún periódico afamado llegó a «publicar» encuestas inexistentes y acabó en los tribunales, después de presentar a toda página una encuesta con miles de cuestionarios, efectuados por una sociedad anónima que ni siquiera aparecía en el Registro. La encuesta no se había hecho, la empresa no existía, pero su publicación era parte de la lucha política.

Existe, pues, una instrumentalización lamentable de la Sociología que está erosionando el prestigio social de los sociólogos. Por eso, cuando los sondeos los llevan a cabo instituciones como el Centro de Investigaciones Sociológicas, donde se mantiene cierto nivel académico —pese a todos los posibles fallos que son criticados— la comunidad de sociólogos se alegra, aunque se trate de una institución que es al mismo tiempo una dirección general. Tal vez en estos ámbitos debiera hacerse un mayor esfuerzo de consenso, preservando un carácter institucional que permitiera una mayor estabilidad. Por ejemplo no tiene mucho sentido que algunas de las revistas sociológicas que se publican en estos centros oficiales cambien periódicamente todo su consejo editor al son de los cambios políticos; a veces ha habido continuidades, pero en otras ocasiones no. Según el turno político, en un momento puede tocar la sociología crítica y en otros sociología conservadora. Incluso pueden cambiar los temas a los que se presta más atención según el resultado electoral, lo cual puede dar lugar a una especie de «turno» de la Sociología; y esto no es muy serio. La solución podría consistir en potenciar los recursos en la Universidad. Si se pusieran en común todos los recursos que tenemos —aunque sean menos que los que emplean otros países europeos— incluyendo los del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y otros centros universitarios, la situación mejoraría notablemente.

Si el CIS, por ejemplo, fuera un Instituto universitario, ¿qué mayor garantía de independencia y de rigor tendría la sociedad española?. ¿Acaso no resultaría más lógico y más fructífero para todos aunar el esfuerzo de profesionales y de profesores de distintas tendencias, con garantías de estabilidad y permanencia? Porque hay buenos especialistas preparados para hacerlo. Eso supondría apostar por una mayor racionalización en el empleo de los recursos públicos, aunque a veces estos recursos se valoran preferentemente como instrumentos partidarios y no se quieren ceder.

